

Si volviera a empezar

ÁNGELA FERNÁNDEZ-PIQUERAS SÁNCHEZ-LAFUENTE

Atravesó con miedo aquellas imponentes puertas. Era su primer día en la Universidad y no conocía a nadie. Sus amigas habían optado por carreras como Medicina o Biológica, solo ella se había decantado por una carrera de Letras.

Entró al gran vestíbulo del antiguo edificio donde se impartían las clases, fue caminando y mirando tímidamente hasta localizar el aula. Era una clase enorme, de altos techos, viejos pupitres de madera para sentarse de dos en dos y paredes amarillentas. Todo parecía recibirla con curiosidad. Se sentó en el sitio más apartado que encontró.

Observó a los chicos y chicas que allí estaban, algunos solitarios como ella y otros formaban ya algunos pequeños corrillos donde las primeras risas y anécdotas preludiaban los inicios de buenas amistades. Ella venía de un colegio solo de chicas, ni siquiera había pasado por el instituto y todo aquello le resultaba completamente nuevo.

Contempló la escena como si fuera la espectadora de una película. Los protagonistas eran personas de lo más variopinto. Sonrió al pensar en su uniforme, en sus zapatos negros, su falda tableada

y su suéter de pico granate. Allí muchos llevaban vaqueros desgastados, sudaderas de colores llamativos con mensajes de lo más ocurrentes, botas militares, peinados despeinados o minifaldas de lo más mini. Se repasó, sentía que desentonaba y le dieron ganas de echar a correr.

Los primeros días la desubicaron todavía más. Los profesores entraban y salían con rapidez, no paraba de coger apuntes y toda parecía demasiado impersonal. Muchos compañeros faltaban a algunas asignaturas poco atrayentes y entre clase y clase no hablaba con nadie. Al terminar cogía su carpeta y mientras contemplaba a los demás encaminarse a la cantina a echar las últimas risas del día ella abandonaba la Facultad con cierta tristeza. Definitivamente la vida universitaria no le gustaba nada de nada.

Pero las personas importantes aparecen en tu vida sin previo aviso. Las ves por primera vez y ni te imaginas que algún día la palabra amigo llenará tu boca cuando te refieras a ellas. Los momentos que marcan un antes y un después llegan un día cualquiera, tocan a tu hombro y no eres consciente que ese pequeñísimo instante ha transformado tu vivir. Y eso pasó con Pilar.

Ella venía de otra ciudad y se incorporaba con las clases ya empezadas, andaba despistada pero se la veía ilusionada y para nada asustada.

Se acercó y le preguntó sonriente:

Hola, ¿me puedes dejar el horario de las clases para que lo copie? Es mi primer día y voy un poco a ciegas.

Solo bastó esa sencilla frase para que las dos se volvieran inseparables. Eran muy distintas en muchos aspectos pero aquellas diferencias desper-

taron en la joven universitaria una predisposición a abrir su mente y su corazón hasta ahora impensable para ella.

Gracias al carácter abierto y alegre de Pilar llegaron otras amistades. Luisa, la reivindicativa, mayor que ellas y a punto de casarse, tenía claro lo que quería y que lo conseguiría. Pepa, la más divertida y dicharachera del grupo, ella venía de un pequeño pueblo del que siempre tenía una anécdota graciosa que contar. Loli, una chica seria y responsable, con la que compartía camino de vuelta a casa y Paqui, directa y enérgica, sin pelos en la lengua y lesbiana. Ella junto con Pepe, también homosexual, le hicieron entender y conocer un mundo casi prohibitivo hasta entonces.

Personas procedentes de sitios distintos, con edades distintas, metas distintas, educaciones distintas que coincidieron por obra y gracia del destino entre las paredes de aquella vieja Facultad.

Con ellos llegaron las risas entre clase y clase, el intercambio de apuntes y el formar, poco a poco, parte de sus vidas.

Descubrió en su compañía bares de lo más bohemios, donde las tertulias frente a un café se hacían eternas. Lugares con música alta, humo de cigarro y ganas de cambiar el mundo.

El grupo se iba ampliando y gracias a ello también la variedad. Unos creyentes acérrimos, otros agnósticos. Unos de derechas, otros de izquierdas. Llegaron las primeras conversaciones sobre política, sobre altos ideales. Aprendió a escuchar, a ser tolerante con todas las posturas y también a empezar a tomar partido y defender lo que creía.

Ahora, con la distancia valoraba todo aquello y comprendía lo mucho que la hizo crecer y madurar como persona y lo que la enriqueció. Quizás

aprendió mucho más de ese ambiente universitario que de la parte pedagógica de aquellos años.

Comprendió el valor del respeto, a revelarse contra las injusticias, a abrir los ojos. Pero también empezó a conocer el mundo fiero al que se iba a tener que enfrentar a partir de ahora. Había que valerse por uno mismo, había que andar sin apoyos y en el camino se iba a encontrar una competencia dura y desleal de la que, hasta ahora, no había sido consciente de su existencia.

Y en el último curso llegó alguien que lo transformó todo. Alguien que la hizo cambiar, alguien que hizo que experimentara una metamorfosis tal que cerró una etapa de su vida para abrir sus alas y volar.

No habían coincidido hasta ahora, diferentes turnos, ella iba a clase por la mañana, él por la tarde. Pero aquel último año de especialidad los unió. Era guapo, simpático e irresistible y ella poca cosa, tímida y muy seria pero estaba vista que la Universidad quería hacer de ella una persona nueva y jugó con ellos hasta que los dos se dieron cuenta que algo bonito había nacido.

Él rebelde, ella formalidad.

Ella clasicismo, él modernidad.

Ella tradición, él novedad.

Todo lo distinto los hizo encajar. Él vivía en un piso de estudiantes lejos de su hogar y ella sin embargo en casa de papá y mamá. Todo era distinto y aunque le asustaba un poco, él la cogió de su mano y la hizo vivir los meses más rebeldes de su vida.

Si volviera a empezar los viviría sin duda otra vez.

Con él empezaron las tardes de biblioteca mirándose y escribiéndose notas. Las cervezas al final de la tarde sin parar de besarse. Las reuniones en

el piso de otros compañeros para ver el fútbol. Los adiós un viernes y los holas un domingo. Los atardeceres estudiando abrazados. Y el sentimiento de que la vida no era lo que ella se había imaginado.

Ella amaba la pasión de sus ideas. El corazón que ponía en todo aquello que consideraba sus metas. Su capacidad de superación. Su lucha por superarse. Su seriedad a la hora de trabajar y esa capacidad suya de hacerla soñar.

No entendía todavía muy bien lo que veía en ella pero cada vez que la miraba sus ojos brillaban de una manera que la hacían sentirse única e imprescindible en su vida.

Por aquel entonces había una campaña publicitaria que decía algo así como “mira a tu alrededor y dime si no encuentras una razón para ser feliz”, ella se lo recordaba cuando lo veía triste o preocupado, entonces él la miraba, le sonreía y siempre le decía “tú, tú eres mi razón”...

¿Qué paso con él? ¿Por qué rompisteis? —le preguntó Jimena a su madre una vez le hubo contado toda la historia.

Terminamos la Universidad, él quería preparar oposiciones para ser profesor, a mí no me gustaba esa salida laboral. Él volvió a su casa y nos fuimos distanciando. Entonces apareció tu padre y bueno... todo cambió

Pero hace casi treinta años de eso, ¿no has vuelto a saber de él?

No, no fue una ruptura fácil. Supongo que ahora con mi edad y lo que se de la vida lo hubiera hecho de otra manera.

Entonces ¿cambiarías algo de todo aquello?

No Jimena, no cambiaría nada. Elegiría a las mismas personas, iría a los mismos sitios, tendría las mismas conversaciones, pero si pondría más

interés en guardar en mi corazón muchas más cosas que entonces parecieron insignificantes y que ahora a mis cincuenta se que me hicieron ser la persona que ahora soy.

Yo también voy a empezar sola en la Universidad ¿y si no me adapto?

Te adaptarás y conocerás gente estupenda y a otros no tanto pero de todos ellos aprenderás algo. Crecerás, madurarás. Verás aparecer ante ti horizontes que ni habías soñado. Te replantearas cosas y descubrirás otras.

Sabes, a veces si pensamos en la universidad solo nos vienen a la mente las fiestas, las salidas, las primeras juergas, la parte frívola de la historia, pero la Universidad, la vida universitaria es mucho, muchísimo más. Es una etapa de despertar, de descubrimiento, de aprendizaje en todos los sentidos. Aprenderás académicamente sobre aquello que has elegido para tu futuro. Aprenderás que en la vida te vas a encontrar gente de todo tipo y que hay que saber convivir aceptando todo lo bueno y las limitaciones de los demás. Aprenderás a divertirte pudiendo elegir si deseas que esa diversión sea sana o perjudicial porque tú ya tendrás que tomar la riendas de tu vida y nosotros, los padres, deberemos confiar que todo aquello que os hemos enseñado durante todos estos años da su fruto.

Aprenderás que las ganas de comerte el mundo es la mejor sensación que existe. Aprenderás a sentirte vivo, a soñar y también a hacerte fuerte para combatir tus miedos. Y aprenderás, si tienes suerte, a amar como nunca más lo harás.